

ct

Los ajos de Cervantes

de
Rafael Negrete-Portillo

(completa)

ÉL, con atadura en las muñecas. Barbipicudo y de rostro familiar. ELLA, de maneras hoscas. Portadora de un libro antiguo de gran envergadura. Ambos de indumentaria contemporánea a excepción de una gola o gorguera aurisecular en el cuello de ÉL y una pañoleta o pañuelo en la cabeza de ELLA. ELLA, a fuerza de empujones, hace que ÉL entre. Hállanse en un vagón de metro que se ha detenido en cualquiera de las estaciones de cualquiera de las líneas que recorren las entrañas de la ciudad.

Las puertas se cierran. Comience el trayecto...

ELLA
¿¡A ajo!?

ÉL
Sí.

ELLA
¿Que huelo a ajo?

ÉL
No fuere en contra de tu beneficio.

ELLA
(Leyendo del grueso volumen —del libro— que carga) “Tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha.” ¿Qué me decís a eso?

ÉL
Que no sabía que supieras leer.

ELLA
(Haciendo caso omiso. Lee) “Tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. Vive el Dador, que es moza de pelo en pecho [...] Qué rejo tiene y qué voz [...] Con todos se burla y de todo hace mueca y donayre [...] Gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al ayre” Esto último no lo entiendo muy bien, pero seguro que sí fuere en contra de mi beneficio.

ÉL
Tostada por el sol, fornida y morena: varonil.

ELLA
¿Como la Merkel?

ÉL
¿Quién?

ELLA

Suerte tuvisteis de morir hace casi cuatro siglos.

ÉL

¿Y de qué aquestas resurrecciones?

ELLA

(Vuelve a leer. Enojada) “Podría ser que al tiempo que los vecinos llegasen se corriesen de verla.”
Fin de la cita.

ÉL

Soy cansado. Llévame a mi sepultura.

ELLA

Si supiere ciertamente dónde está.

ÉL

Soltadme el lazo al menos. (Muestra las muñecas maniatadas para que se las desligue)

ELLA

Aún no. Primero debéis arreglarlo.

Pausa

ÉL

¿El qué?

ELLA

Vuestro manuscrito. Ambos. Los dos en los que me referís ‘tostada por el sol, fornida, morena: varonil... y gustando olores de ajos’.

ÉL

No puedo.

ELLA

No os lo pido.

ÉL

No quiero.

ELLA

Pues debierais.

ÉL

(Vehemente) A otro con esas chanzas.

ELLA
Vos lo escribisteis.

ÉL
¿¡Pedir a un escritor que acomode las letras al gusto de personajes!? Eso es... censura.

ELLA
Eso es... España.

ÉL
Prefiero volver a Argel...

ELLA
Don Miguel.

ÉL
...Al cautiverio.

ELLA
No podéis mostrarme así en la primera novela moderna.

ÉL
Para mí fue la penúltima. Después apuré el Persiles y lo que los cenutrios llaman Segismundo cuando es 'munda'.

ELLA
No os devolveré a la postrera si no "desfacéis el agravio y enderezáis el tuerto".

ÉL
Pídeselo a Lope, que bien se gustaría de desdecir contradicciones a mi disgusto.

ELLA
El ingenioso es vuestro.

ÉL
Los originales. La rebanada del medio, el pan mohoso lo firmó el fénix de los "ingenuos" con la máscara de Avellaneda.

ELLA
(*Leyendo, en un último intento*) "A mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma." Locuras del autor a boca de su criatura.

ÉL
Borrica eres, Aldonza, sí: borrica. No hay jueces de cuerdos que no estén locos, pues condenar la locura es la mayor enfermedad del hombre. Con ajos o sin ellos somos lo que somos, más allá del nombre o de los olores. Corazones nobles hay que apestan por fuera. En el envés, carteras y corbatas con perfume encubren carroña desalmada. (*Sacando una energía caballeresca hasta ahora*)

oscurecida. Le quita el libro, no sin dificultad debido a su brazo semiparalizado. Una vez cargado el grueso volumen, comienza a leer para terminar de memoria.) “Sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas; y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.” *(Pausa)* ¡Borríca!

*ELLA ha desaparecido entre el gentío del vagón. ÉL otea, pero no la encuentra.
Desde el otro lado, una JOVEN se acerca y le pregunta con tono de preocupación.*

JOVEN

¿Está usted bien?

ÉL

Estaba hablando con mi... es igual. ¿Sabe dónde hay un cementerio por aquí? Creo que me estoy volviendo loco.

La voz de ELLA, eco en los desorientados oídos de ÉL, resuena de fondo, con nuevas reminiscencias, al Ingenioso hidalgo, confundiéndose así con el rítmico y monótono traqueteo ferroviario.

Lentamente, el oscuro hace acto de presencia a modo de despedida.

Vale.